

obispos (1); el rey carga su conciencia de crímenes sin número, y debería por el amor de Dios tener á raya á sus soldados que viven en medio de los robos, de los adulterios, de las impurezas, provocando la cólera de Dios y muriendo impenitentes.—La crueldad se hubiera hecho disculpable con el éxito. Pero Felipe, esperando muchos meses en vano la noticia de la toma de Haarlem, recogía estas quejas, se irritaba de que se derramara la sangre de un modo tan grosero, y disimulaba tan poco su desagrado, que el duque de Alba lo advertía al través de su prolija prosa (2).—He observado de algun tiempo á esta parte, cómo por toda contestación á mis propuestas no sino recibo argumentos para refutarlas. Es un estilo muy diferente de aquel á que me tenía acostumbrado el rey. De aquí resultan grandes inconvenientes y muy más grandes seguirán.—Conoce que se hunde: no haya que esperar ya victoria; ni ciudad sin un sitio homicida. «El duque de Alba padece una aflicción que nadie creería» (3). Hace mucho tiempo que se habla de su reemplazo: el duque de Medinaceli ha vuelto á España, y el rey ha elegido otro sucesor. El 31 de enero (4) escribió á Don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla y gobernador de Milan.—Me he decidido, le decía, á nombraros para el cargo más importante de que puedo disponer. Id á los Países Bajos. No digais palabra á nadie ántes de vuestra llegada. No admito excusa ni tardanza: quiero que me sirvais inmediatamente y sin réplica.—Pero á lo ménos era menester esperar la destitución del duque de Alba y las instrucciones de Felipe, y Requesens esperó: el rey tan impaciente en enero esperó también. ¿Qué pasaba en su ánimo? Nadie lo sabe: «tan poco comunicativo es de sus pensamientos y deliberaciones, queriendo más bien trabajar en escribir de su mano las cosas que quiere ocultar, que encargarlo hacer á nadie del mundo» (5). Sólo hasta el 15 de octubre, una semana después de haber levantado el sitio de Alkmaar, viene Felipe en prevenir al duque de Alba de una resolución tomada desde principios de año.—Vuestro sucesor está en camino, añade, pronto llegará con una amnistía: bien sé que los rebeldes son pérfidos, comprendo todos vuestros argumentos para continuar el sistema

(1) Los obispos de Arras y de Ipres y el abad de Anchin al rey. *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 357, del 13 mayo 1573.
 (2) *Ibid.* pág. 322.
 (3) *Doc. inéd.* tom. XLI, pág. 282, Arias Montano á Zayas.
 (4) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 308.
 (5) Saint Gouard á Carlos IX, del 19 de julio 1573, Col. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Suplem. pág. 93.

del rigor y los doy por muy buenos; pero veo que las cosas han llegado á un extremo que nos obligan á emplear otros medios. Todos mis recursos están agotados y no sé cómo adelantar ni retroceder. No entiendo, sin embargo, aceptar nunca una concesión que no esté conforme con nuestra santa fe católica, aunque hubiera de perder todas las provincias.

Alba que acaba de escribir:—Con la dulzura no se consigue nada de esta gente (6),—se siente impulsado al último grado del furor. Va á retirarse vencido. ¡Haber derramado tanta sangre y partir humillado! Es demasiado para su orgullo. Entonces dirige al rey estas extrañas palabras (7):—Se me aconseja destruir á fuego todo



D. Luis de Requesens

lo que no ocupan los presidios españoles. Es también mi opinión, aunque se arruinara el país por ocho ó diez años: si se tratara de provincias conquistadas á un soberano extranjero, no vacilaría, sin pedir permiso al rey, en hacer lo que me pareciera útil; pero como estas provincias son el patrimonio de V. M. no me he atrevido á hacerlo, salvo algunos villorrios que he mandado incendiar, y los que incendiaré todavía.

Esta proposición no espanta ni mucho ménos al rey; quiere ensayar otros medios, ántes de destruir á fuego todas las ciudades que no puedan ocupar las tropas reales (8); pero no le parece mal que se ponga en estudio el procedimiento del duque de Alba. ¡Pueril versatilidad! Las tropas reales no son ya más que una banda sin disciplina.—Todos los tercios se sublevan,

(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 411.
 (7) *Ibid.* pág. 423.
 (8) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 437.

hasta el de Nápoles, escribe el duque de Alba (1). Se fuerza mi puerta con una licencia que me hace temer afrentas. Desde que estoy al servicio de V. M., como cuando estuve al servicio del emperador, no he pasado nunca días de más cruel inquietud.—Enciérrese en Bruselas. «Siempre guarda cama, sea que lo postre la gota, sea que no quiera presentarse en público después de su mal éxito... yo creo que la gota es más de cabeza, que de pies» (2).

Levántase, sin embargo, al saber la llegada de Requesens: tiene aún un día suyo y lo emplea en lo que le queda por hacer.—Beso los pies del rey por la bondad que me ha hecho de permitir mi vuelta á España, escribe (3); acabo de hacer agarrotar secretamente á Genlis, después de haber hecho correr la noticia de que estaba enfermo.—No ha querido el duque dejar siquiera este crimen á Requesens. El día siguiente resigna el mando y se embarca en fin con sus favoritos. «No quiero omitir el infinito de los dichos países Vargas y el secretario Alborno, el tuerto, el cual, según se estimaba,

había reunido por diversos manejos y exacciones hasta cincuenta mil florines de renta» (4). Volvía á España para sufrir la humillación de su descalabro, la cólera del rey, el despecho de la desgracia.—Era un gran personaje, escribe el cardenal Granvela (5); pero quisiera yo que no hubiese visto nunca los Países Bajos por muchas razones.

¿Comprendió que se había engañado, esto es, le acosó el remordimiento? Una leyenda lo afirma, leyenda que fué recogida por Brantome. «He oído contar á un fraile español, muy hábil hombre, que este gran duque ántes de morir sintió muy cargada su conciencia de las crueldades que había hecho en Flandes; lo que habiéndole referido al rey de España, le mandó á decir que él las tomaba todas sobre sí y sobre su ánima.» ¡Qué consuelo para el fin de sus días! Sabían ambos á dos que el uno y el otro habían pecado grandemente y que los diablos podrían jugarles una mala partida secretamente; y por tanto descargándose uno en otro, quien tuviese ménos carga se salvaría más fácilmente.

CAPITULO XVIII

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA LOS PAÍSES BAJOS.—
EL COMENDADOR MAYOR DE CASTILLA.—1574-1576

MARNIX DE SANTA-ALDEGONDA.—BATALLA DE MOOK Y PRIMER SAQUEO DE AMBERES.—
SITIO DE LEIDEN.—TENTATIVAS DE TRANSACCION.—MUERTE DE REQUESENS

I.—Marnix de Santa-Aldegonda

Felipe II no había hablado más de ir personalmente á sus provincias flamencas. Mas para obtener la sumisión de los españoles amotinados, de los holandeses en armas y de los waloones descontentos no podía haber elegido un de-

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 429.
 (2) Mondoucet á Carlos IX, 16 y 24 nov. 1573.
 (3) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 431.
 (4) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 148.
 (5) Granvela al prior de Bellefontaine. V. Gachard, *Corresp. de Felipe II*, tom. II, Prólogo, pág. 75. El duque de Alba tenía que hacer la vista gorda para no ver las picardías de Alborno y los otros, porque él tampoco tenía las manos muy limpias. Aquel altivo capitán general no se desdendió de elegir varios objetos en el palacio del príncipe de Orange, según lo hace constar el inventario hecho en el acto de la confiscación. Un gran cuadro que representaba el Juicio de París, figura especialmente entre los objetos que el duque de Alba sustrajo y se llevó á su casa. Véase la *Corresp. de Guillermo*, tom. IV, Prólogo, pág. 15.

legado más inconveniente que Don Luis de Requesens comendador mayor de Castilla. El nuevo gobernador no tenía ninguna influencia en el ejército. «Tiene reputación de mejor negociador que soldado, y con todo eso tiene muchos humos y presunción y piensa que nadie vale tanto como él» (6). Ni siquiera tiene el mérito vulgar de la salud; está «mal dispuesto de su persona para el trabajo que requieren tan graves negocios, como quien lleva por sus malos humores dos fuentes abiertas, una en un brazo y otra en una pierna» (7). No sabe una

(6) Ms. Bibl. nac. n.º 16105, fol. 29, Saint Gouard á Carlos IX, 25 abril 1573. Son poco más ó ménos los términos que emplea Del Rio, *Memorias*, tom. I, pág. 52. «Virum pacis quam belli artibus instructiorem.»
 (7) *Ibid.* fol. 68, Saint Gouard á la reina madre, 20 oct 1573.

palabra en francés, la lengua del país, y él mismo confiesa que es una gran molestia (1). Su primera preocupación es saber lo que agrada más al rey y adivinar sus intenciones con sutiles cartas.—Reconozco que el duque era el hombre que convenía para el servicio de Dios y el de V. M. y me esforzaré en imitarlo hasta donde alcance; pero es menester que la población se persuada de que he de seguir otro camino (2).—El duque mandó ahorcar á todos los prisioneros y hizo muy bien, á mi parecer; pero creo que desde ahora lo mejor será canjearlos (3).—Los compromisos pecuniarios que el duque ha contraído son espantables; no me deja en caja un real (4).—El primer remedio que sugiere es: «Que se fuesen haciendo por acá colegios de la Compañía de Jesús, que como esta religión há poco que comenzó, tiene el espíritu que todas las otras tuvieron en sus principios, y es bien sacar fruto dellos ántes que se vaya rebaxando» (5).

Los resultados de la administración del duque de Alba eran lamentables, y sería injusto desconocer las dificultades casi insolubles con que tenía que luchar Requesens: la marina está destruida, los marineros, cuando no desertan, no ocultan sus preferencias para con los rebeldes (6); una Memoria señala á los marinos de Dunquerque, Nieuport y Gante como ganados á la insurrección.—A veces mando ahorcar, á veces perdono; pero nada basta: se han presentado doce mil al príncipe de Orange (7). Para fletar naves en Dinamarca ó en las ciudades anseaticas menester dinero, se necesitaria tambien para la artillería y para la paga de la infantería española. Y lo más triste es, añade, que cada ducado que llega aquí para los gastos reales, cuesta muchos ducados ántes de llegar á la mano del soldado: tan ladrones son los capitanes y comisarios (8). Y todavía consterna más á Requesens que los rebeldes sean favorecidos igualmente por el clero y por los herejes.—En el odio contra nuestra nación están unidos igualmente los que nos sirven y los que nos combaten (9): el descontento es general, lo mismo en los católicos que en los herejes, en los eclesiásticos que en los seglares, en la nobleza que en el pueblo (10).

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 434.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.* pág. 445.

(4) *Ibid.* pág. 434.

(5) *Ibid.* tom. III, pág. 20.

(6) *Correspond. de Felipe II*, tom. II, pág. 439.

(7) *Ibid.* tom. III, pág. 24.

(8) *Ibid.* tom. II, pág. 456.

(9) *Ibid.* pág. 443.

(10) *Ibid.* pág. 448.

¿Podría intentarse volver á los procedimientos suaves? Es lo que aconseja Granvela. «Mucho ha durado el cuchillo,» dice (11). Pero no se atraerá ya ni á los eclesiásticos. «Se irán á comer y cenar con los que más sospechosos estuvieren en la religión, y jamás tendrán ánimo para osar proceder contra alguno, como se vió en el pasado» (12). Con todo eso, quiere ensayar Requesens una transacción aprovechando el terror que inspiran aún los recuerdos del duque de Alba. Le anuncian al llegar que en un fuerte tomado al asalto por los españoles (13) se ha cogido prisionero á uno de los más fanáticos sectarios, á Felipe Marnix de Santa-Alongonda.

Este, que habia presenciado la inmolación de todos los que habian sido presos con él, sabe que se le reserva para suplicios atroces. Austero, adusto y locuaz, el discípulo de Calvino se habia creído en el deber toda su vida de suscitar mártires, de empujar los exaltados á la hoguera, á la gloria. Hélo á su vez ya elegido para llevar con los ángeles las palmas eternas: este preso piensa en las ingeniosas torturas, en el arte consumado de los verdugos, en los músculos que se desgarran, en los huesos que crujen, en las carnes que decrepitan en las llamas, y le flaquea el corazón y se le abate el alma. El orgulloso sectario escribe bajo la inspiración de Requesens una carta al príncipe de Orange para predicarle que la servidumbre es más dulce que el combate. «Espero, dice, que el pueblo podrá gozar de la clemencia natural del rey, ó si no, que á lo ménos un gobierno riguroso será más soportable que el peso de la guerra. Lo que digo no es desconfianza del poder de Dios» (14). No, no es una apostasía, es esa enfermedad de todos los hombres violentos que pasan de un exceso al exceso contrario, precipitándose tanto más bajo cuanto más desdeñaron á los hombres de templanza.

El escéptico príncipe de Orange debió sonreírse al ver este desfallecimiento del fuerte ante el Eterno. Había tenido cuidado de garantizar la seguridad de Marnix declarando que la vida del conde de Boussu, uno de los prisioneros, y la de todos los españoles, dispuestos ya á capitular en Middelburgo, le respondían de la de Marnix, y contestó friamente á su profeta de perdición que su ofrecimiento de confiar el

(11) *Corresp. de Felipe II*, t. IV, p. 410. Granvela á Antonio Perez.

(12) *Ibid.* pág. 255. Roda al rey.

(13) El fuerte de Maeslant-Sluis.

(14) *Corresp. de Guillermo*, tom. III, pág. 77; la contestación de Guillermo está en la pág. 89.

país á la clemencia real «era contrario á la gloria de Dios y á la salvación de la patria.»— ¡Contrario á la gloria de Dios! exclamó el pedante satisfecho de aturdir su conciencia con sofismas. La guerra es lo contrario á la gloria de Dios, produciendo «desbordamientos, disolución, blasfemias, y de hecho la gloria de Dios fué profanada, cuando la barbarie de los vándalos y otras naciones se extendió por toda la cristiandad como un torrente impetuoso...» En cuanto á la patria, puede uno contentarse «con que sea del agrado de S. M. hacer uso de su clemencia con nosotros. Si con súplicas pudiéramos conseguir del rey un partido en alguna manera tolerable, siquiera no fuese grandemente ventajoso, soy de opinión que el país podría conservarse, y por ventura con el tiempo Dios ablandaría el corazón de nuestro rey para hacernos mayor gracia, ó bien nos ofrecería ocasión de prestarle algún humilde servicio» (1). El príncipe de Orange llevó la indiferencia hasta el extremo de guardar secreto sobre esta caída, limitándose á estrechar el sitio de Middelburgo.

El coronel Mondragon se defendía, cerca de un año ya, en esta plaza, la única que quedaba á los españoles en toda la isla de Walckeren: la ración fué reducida primero á dos onzas de pan diarias por cada soldado (2), despues á galleta de linaza (3), luégo á las pieles de las reses que se habian comido en los primeros meses. Cuando se consumieron, en fin, las suelas de los zapatos (4), fué preciso ya capitular. Más afortunado que su camarada Mondragon, fué Julian Romero, el veterano de las guerras de Carlos V. Había recibido el mando de la escuadra, y quiso dirigir sus naves como pelotones de infantería: perdió así doce barcos y tuvo que huir por último al través de los cañaverales para no caer también él en manos de los holandeses (5).

Requesens, para compensar estas pérdidas, quiso apoderarse de Leiden; pero al saber la llegada al Rhin del conde Ludovico con sus alemanes, levantó precipitadamente el sitio.

II.—Batalla de Mook y primer saqueo de Amberes

Las subvenciones de Carlos IX permitieron al conde Ludovico reclutar una banda de ale-

(1) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, pág. 288. ¿Qué servicio? Probablemente combatir contra los hugonotes de Francia.

(2) Mendoza, *Comentarios*, pág. 504.

(3) *Ibid.* Tortas de linaza.—*Corresp. de Felipe II*, tom. III, p. 24.

(4) Del Rio, *Memorias*, p. 56: «Jam coria et soleæ quibus vescebantur defecerant.»

(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 15, Requesens al rey, 13 de febrero.

manes y algunos voluntarios de varias naciones se incorporaron luégo á este improvisado ejército. Ludovico se puso en marcha con sus dos hermanos menores y el duque Cristóbal, hijo del príncipe Palatino. Luégo ataca á Maestricht (6). Pero los españoles saben muy bien que en campo raso y contra los alemanes, la victoria no es dudosa. Don Sancho de Avila, que los manda, se dirige á marchas forzadas á Maestricht. A la sazón acababa de perder el conde Ludovico setecientos hombres, que Mendoza, el defensor de la plaza, habia puesto fuera de combate en una salida. El conde levanta el sitio y penetra en el país al través de los cuerpos españoles que se unen á Sancho de Avila. La maniobra es peligrosa, cuanto más en tiempo de lluvias y por terreno tan fangoso, que jamás se vió infantería tan fatigada (7). Al cabo de algunos días fué preciso dar descanso á la tropa y se hizo alto en Mook (8). Comenzaban á atrincherarse, cuando de repente aparecen dos compañías españolas. A este puñado de hombres opone el conde Ludovico los ingleses, franceses y walones que tiene: estos matan á los dos capitanes españoles y rechazan á los asaltantes; pero esta misma resistencia muestra á Don Sancho de Avila dónde está el nervio de la tropa enemiga, y el día siguiente (9) manda atacar el campamento de los alemanes. «Y tan luégo como sonó la diana, aparecieron tambien los enemigos en batalla, viniendo la infantería con la cabeza baja á las trincheras, no de los franceses, sino de los alemanes. Estos, despues de haber disparado sus arcabuces, viendo al enemigo venir sobre ellos, desesperaron de tener tiempo para cargar de nuevo sus armas, y abandonaron su trinchera, por la cual entrando los españoles se pusieron á retaguardia de los franceses, walones é ingleses.» Cree Ludovico poder desembarazar á sus mejores soldados con una carga de caballería; pero sus raitres se niegan «como de costumbre, á entrar en combate gritando *gelt*,» (10) y eligen este momento para pillar la caja militar de Nassau. Ludovico, su hermano Enrique y el duque Cristóbal casi abandonados de los suyos, caen muertos, sin que se hubieran podido encontrar sus cadáveres. Los alemanes «que no quieren ponerse en defensa son asesinados recibiendo la paga que merecian» (11).

(6) Marzo de 1574.

(7) La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 231.

(8) O Mockerheiden.

(9) El 14 de abril de 1574.

(10) *Memorias anónim.* tom. I, p. 153.

(11) *Ibid.*

Los españoles, por su parte, se amotinaron el día siguiente; despidieron á sus oficiales y se dirigieron á Amberes. La guarnición española de la ciudadela los introdujo en la ciudad y los alojó con sus mujeres en casa de los burgueses. Obligaban á sus huéspedes á procurarles limones y aceitunas como si estuvieran en su país; bebían vino por valor de veinte florines cada uno al día (1) «y se equiparon de manera que no parecían sino príncipes y señores: tan ricamente se engalanaron de oro, plata y terciopelo; en lo cual fueron grandemente gravados los dichos de Amberes» (2).

Cada compañía se aprovechaba del descuido de los contadores y capitanes en llevar las cuentas y reclamaba seis años de soldadas olvidando lo que había ya recibido. «Es tanto lo que han hurtado, escribía Requesens hablando de los oficiales (3), que es imposible saber lo que se debe y lo que se ha pagado.» Los soldados miraban con desden á todos los maestros de campo, excepto á Sancho de Avila que los favorecía secretamente y á Chiapin Vitelli, que conservaba su popularidad por sus cínicas cuchufletas de florentino corrompido (4). Hasta desconfiaban del sargento que ellos mismos habían elegido como general en jefe, *su electo*, y lo destituían, lo abofeteaban, lo sustituían (5). Llevaban la desvergüenza hasta el extremo, entónces monstruoso entre los españoles, de desatender sus deberes religiosos. «No hay diez hombres entre todos ellos que se hayan confesado y comulgado esta quaresma, ni los veo entrar aquí en las iglesias á oír misa» (6). El mismo Requesens lo escribe así al rey, con tanto horror como prolijidad: en pocos días remite tres cartas de treinta páginas. «Demás de mis pecados que deben ser la principal causa, dice, creo que lo ha permitido Dios por la soberbia con que estábamos los de nuestra nación, pareciéndonos que eramos solos los que defendíamos la fe católica.» ¿Es verdaderamente Dios? «Y todo, añade Requesens, lo ha desbaratado el demonio por medio de nuestra nación.» Es el demonio. «Suelto anda el demonio en este trabajo poniendo tantos tropiezos por vías tan extrañas.»

Boisot, el almirante holandés, aprovechó la ocasión para sorprender los últimos barcos españoles, habiendo apresado once é incendiado

ocho (7). Chiapin Vitelli consiguió al fin que los amotinados salieran de Amberes, mediante una contribución de cuatrocientos mil escudos que les repartió la ciudad, y los llevó otra vez al sitio de Leiden.

III.—El sitio de Leiden

La ciudad de Leiden fué acometida el 31 de octubre de 1573 y libertada luégo á la aproximación del conde Ludovico, siendo atacada de nuevo despues de dos meses de respiro (8). Las mujeres probaron á escaparse fuera de las murallas; pero Valdés, el general español, les hacía cortar las faldas por encima de las rodillas, con lo cual tenían que volver á la plaza, más bien que andar medio desnudas por en medio de los campamentos militares (9). El verano pasa, los convoyes de víveres caen en manos de los sitiadores y viene el hambre. Mas para exaltar los ánimos, el furor religioso se alía con la pasión patriótica.—Antes turcos que papistas, y ántes ahogados que rendidos (10), decían los habitantes de Leiden.—Ahoguémoslos, pues, contestó Valdés, rompiendo los diques; inundemos el país; pues que tan obstinados son los rebeldes, deben desaparecer (11).

Pero él mismo tiene muy luégo que defenderse contra las aguas. Los holandeses han imaginado una empresa inaudita. Leiden está á tres leguas tierra adentro, y pretenden llevar la mar hasta Leiden para llegar al mismo tiempo con su escuadra. El almirante Boisot corta los diques del Mosa, los del Issel y los del litoral por diez y seis puntos diferentes. Precipítase el agua al través de los campos labrados y los caseríos; sube (12) y gran número de españoles se ahogan «no pudiendo bebérselo todo» (13). Pero Valdés se atrinchera sobre los escombros de los diques: el agua se va elevando poco á poco, pero las naves no pueden seguirla aún. Los defensores de Leiden están reducidos á sus últimos recursos: comen yerbas, hojas... se mueren de hambre. Las casas quedan desiertas: á los que hablaban de preferir la muerte á manos de los españoles á morir de inanición, el burgomaestre Adriano Van der Werf dice en la plaza pública: «Despedazadme y comed.»

(7) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. V, págs. 11 y 30.

(8) Se suspendió el sitio del 21 de marzo al 26 de mayo de 1574.

(9) Mendoza, pág. 519.

(10) «Liever turex dan paus, liever bedorven dan verloren.» Du Maurier, *Memorias*, pág. 60.

(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 159.

(12) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. V, págs. 8 á 75; *Mendoza*, pág. 519 y siguientes.

(13) *Memorias anón.* tom. I, pág. 165.

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 62.

(2) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 175.

(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 62.

(4) *Ibid.* «Por tener crédito y ser bienquisto de nuestra nación.»

(5) *Ibid.* pág. 76.

(6) *Ibid.*

Para apartar á los españoles, el almirante Boisot lanza á sus atrincheramientos, en vez de balas rasas, «sacos ó cajas que contenían más de trescientas balas de arcabuz» para cada carga de cañón (1). Luégo hace construir barcas planas guarnecidas de bastiones y armadas de piezas de campaña (2) y puede en breve avanzar con el Noroeste que subleva el mar en tempestad; pone toda su escuadra en medio de la llanura y espera una nueva tempestad para acercarse más. El mes de setiembre termina. En fin, la noche del 1.º al 2 de octubre el Nordeste hincha de nuevo el mar, que agranda las brechas de los diques, levanta la escuadra y la pone en frente de los temidos españoles.—Allí está el pan, allí están nuestros hermanos, exclama el burgomaestre que arrastra en la última salida á sus hambrientos compañeros. Los españoles habían evacuado sus reductos aquella misma noche á los cañonazos de la escuadra y se retiraron al Haya. Leiden quedaba libre despues de un año de sitio (3).

Por una curiosa fatalidad, el mar se hacia en las costas de España auxiliar de los holandeses como lo era en los prados del Issel. La escuadra de refuerzo que Felipe II venía preparando en Santander por espacio de un año, había dejado pasar el verano sin hacerse á la vela: ahora se retardaban las urcas que traían víveres de Andalucía; ahora las órdenes del rey mandaban desembarcar las tropas; ahora las calenturas se cebaban en soldados y marinos. Pero salieron á la mar; salieron para volver de arribada empujadas por la tempestad. El almirante muere (4) y los soldados quedan reducidos á un puñado, víctimas de las enfermedades. Desalentado Felipe II, renuncia á su voluntad de expedir este socorro á Requesens. Dios no ha permitido, le dice, la partida de la escuadra, «pues ha sido servido que haya havido tantos estorvos para detenerla» (5).

IV.—Tentativas de transaccion

Esta hora de desaliento es acaso única en la vida de Felipe II, que conocerá despues muchos otros reveses. Pero el mismo desaliento reina en los Países Bajos. Se recrimina, se desconfía, se sospecha de todo. El duque de Arschot, tan fiel hasta ahora, se muestra receloso; Pierrenot de Champagney, hermano del carde-

nal Granvela, despues de haber parecido al duque de Alba bastante afecto para encargarle el mando de Amberes, viene á hacerse sospechoso á su vez, y lleva el desaliento hasta el punto de preguntar porqué no había de concederse á los súbditos flamencos la misma tolerancia religiosa que á los auxiliares ingleses y alemanes que servían á sueldo en España (6), y rehúsa continuar favoreciendo una política que sustituye la energía con la crueldad. Más vale retirarnos, dice, sin exponernos más inútilmente, con poca satisfacción de los que nos mandan, ningun fruto para el público, ni para el servicio de Vuestra Majestad, ni para la tranquilidad de nuestra conciencia (7). El ejército se desbanda; los soldados de la vieja infantería desertan á pelotones de cincuenta hombres haciendo mil extorsiones en los pueblos del tránsito (8). Su efectivo, en vez de sesenta mil hombres que presenta en listas, no llega en realidad á cuarenta mil (9) y todavía hay que licenciar á los alemanes que se ocupan sólo en el pillaje sin respetar iglesias ni conventos (10). No hay medio de procurarse dinero en un país tan maltratado. Los rebeldes hacen moneda de papel, pero yo no tengo este crédito (11), dice con despecho Requesens enviando monedas de estaño y los billetes con la efigie de la libertad grabados por los sitiados de Leiden (12).

Las noticias de la liberación de Leiden y de la pérdida de la Goleta exaltan los ánimos en todas las posesiones españolas. Hasta Besanzon cayó en manos de los insurrectos en algunas horas, lo que permitió, por lo demás, al arzobispo desembarazar su ciudad de herejes. «Todas las casas de los de la religion fueron pilladas y saqueadas; uno de los rebeldes se excusó diciendo que estaba ébrio, á lo cual se le contestó que sería ahorcado: él replicó entónces que más bien quería ahorcar que no que lo ahorcaran, y pidió que se le hiciera ejecutor de la justicia, y en el acto le fué concedida su demanda, y el mismo día se puso en ejercicio ahorcando cuatro hombres (13).»

Pero los prelados flamencos no habían tenido nunca este vigor. Cuando por remedio supremo

(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 157.

(7) *Ibid.* pág. 138.

(8) *Ibid.* pág. 137.

(9) *Ibid.* pág. 247. Estado remitido al rey por Requesens.

(10) *Ibid.* pág. 137.

(11) *Ibid.* pág. 307. Requesens á Zayas.

(12) Du Maurier, *Memorias*, pág. 60. El lema de los billetes era: *Hec libertatis imago*.

(13) En junio de 1575. Noticia del tiempo, reimpresa, *Archivos curiosos de la Historia de Francia*, 1.ª serie, tom. IX, pág. 157.